

# Amor-desamor en la narrativa de Severino Salazar

Ociel Flores



SEVERINO SALAZAR ESCRIBE EN 1982 una tesis en la que analiza la obra de la novelista norteamericana sureña Carson McCullers, “Ilustración de la teoría pesimista del amor en *La balada del café triste*”, cuyo objetivo es delimitar la concepción de la relación amorosa en la narrativa de la escritora.

De esta visión pesimista y de su ilustración en novelas como *La balada del café triste*, *El corazón es un cazador solitario* o *Reflejos en un ojo dorado*, Severino Salazar retiene dos elementos clave: el carácter grotesco de los personajes que pueblan los relatos y la dialéctica del amante-amado.

Los caracteres de McCullers son personas grotescas exterior o interiormente, rasgo que hace de ellas seres incapaces de amar. El amante es con frecuencia un monstruo, que en la concepción de McCullers puede ser una mujer con cuerpo masculino, un jorobado vicioso, un homosexual; monstruo

que, sin embargo, no carece de atractivo: “extravagant and beautiful as the poison lilies of the swamp”.<sup>1</sup> El caso paradigmático es Marvin Macy, quien además de su extraña apariencia tiene la peculiaridad de no transpirar, por lo que incubaba en su interior humores nefastos, “procesos malignos en su cuerpo, que endurecen su corazón”.<sup>2</sup> Sin embargo, cualquiera que sea su apariencia, el ser grotesco provocará horror, hilaridad, rechazo.

En cuanto a la relación entre el amante y el amado, ésta se distingue por las distorsiones que el amor sufre con la mirada de cada uno de ellos, mirada que determina dos interpretaciones irreconciliables de este sentimiento antitético de lo sublime.

El amado no es sino un estímulo para el amante. El amado ignora con frecuencia que es objeto de ese amor.

El amante, por su parte, define en soledad, a partir de sus inclinaciones, la naturaleza del sentimiento que lo dirige al amado. El amante “encierra en sí mismo su amor y se crea un mundo suyo, en el que lo guarda”; es un sentimiento poderoso, autosuficiente. La mayoría de los seres humanos desean ser el amante, porque éste gobierna la relación y se erige en dominador, mientras que el amado “odia o teme al amante porque está a su merced”.<sup>3</sup>

El amor en las novelas de McCullers es un sentimiento impregnado de pesimismo, de tristeza, de soledad, de dolor, porque el amante nunca es aceptado por el amado, aunque aquél no cese en su cortejo. En este sentido, Severino Salazar subraya una afirmación capital de la teoría de la novelista: “El ser humano es un eterno cazador solitario que rara vez logra

sus propósitos y, cuando en ocasiones consigue cazar su presa, la encuentra muerta o destruida”.<sup>4</sup>

La obra de la novelista sureña habría de ser punto de partida para la indagación que llevaría a cabo Severino Salazar acerca de la naturaleza del amor, del sentido de la vida y del valor de la palabra como medio para descubrir y expresar ese sentido. El narrador zacatecano, como los mineros de sus relatos que escudriñan las entra-

ñas de la Tierra, seducidos por el brillo del metal, se adentraría en la oscuridad de las almas para buscar, como dijera André Breton, “el oro del tiempo”.

Cuatro son los títulos en los que se concentra la visión del mundo de Salazar: *Donde deben estar las catedrales*, *El mundo es un lugar extraño*, *Tres noveletas de amor imposible* y *¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, que cubren el inicio, la etapa intermedia y el final de su obra.

En las novelas mencionadas, los amantes son sumidos por la pasión en una dinámica destructiva que tiene como eje un triángulo de variable desequilibrio: Baldomero Berumen, Máxima Benítez y Crescencio el tendero, en *Donde deben estar las catedrales*; el soldado fugitivo, Camila e Hilario, en *El mundo es un lugar extraño*.

En la noveleta “Llorar frente al espejo”, el triángulo se desdobra y se superpone al ubicar en una compleja relación

de erotismo desenfrenado a don Santiago de Oñate, don Tomás de Urdiñola y doña Leonor, por una parte; y por otra, a doña Rachel, su hermana doña Esther y el mismo don Santiago.

En estas narraciones se cuenta invariablemente un amor infortunado que, cuando se realiza, adopta el carácter de un pecado mayúsculo. Y cuando no se realiza, lleva a la desgracia y a la soledad a quien lo siente.

En *Donde deben estar las catedrales*, Baldomero Berumen se suicida, Crescencio Montes se deja consumir por la enfermedad y Máxima Benítez sufre el rechazo de su pueblo del que sólo la salva el exilio.

En *El mundo es un lugar extraño*, Camila Natera es violada y, como consecuencia de esa falta involuntaria, su prometido se suicida y la condena a una existencia solitaria entre las iglesias de la ciudad y su casa, en la que vive acompañada por docenas de gatos.

En “Llorar frente al espejo”, los implicados en las pasiones que a su pesar despierta don Santiago de Oñate son azotados y enclaustrados o exiliados por los ministros de la Inquisición, quienes ven en el amor una obra diabólica.

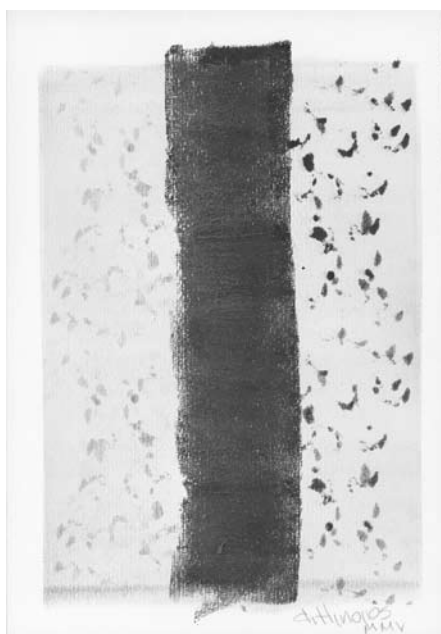
La caracterización del amor según Severino Salazar se encuentra aquí y allá, diseminada en su obra, aunque se destaca de manera particular en *Donde deben estar las catedrales* y en *Tres noveletas de amor imposible*.

Crescencio Montes habla, en la primera de estas novelas, de “ese diálogo imposible que se da entre la Tierra y la Luna: se acercan, se retiran, se estimulan, se causan mutuos disturbios, pero jamás se tocan. Los dos astros en su órbita propia y regidos por sus propias leyes, impenetrables”, luego anuncia que cuando se toquen por fin será para destruirse.<sup>5</sup>

El gobernador de Zacatecas repite esta misma visión en el capítulo “La Luna”, de *Donde deben estar las catedrales*, y afirma que “los seres humanos eran como planetas: cada uno tenía su vida y sus órbitas propias. Si uno se acercaba al otro, se producía la explosión, la destrucción de los dos cuerpos. Y una de las maneras, decía, es el amor”.<sup>6</sup>

Esta imagen, que recuerda la alternancia amorosa de atracción y rechazo que rige la vida cósmica, según Heráclito, adquiere en la narración de Severino Salazar un tono pesimista. El amor es imposible. Los amantes jamás lograrán una comunión armoniosa. Los astros se rechazan y no se reconcilian.

La conciencia de esta imposibilidad lleva al narrador de *Donde deben estar las catedrales* a describir el encuentro de los amantes como un rito prohibido: “Aquí [en Zacatecas] se hace el amor como los perros callejeros lo hacen: en un





gigante—. En su oficina exhibía una imagen del loro de Félicité, la mujer cuya gris existencia narra Flaubert en “Un corazón simple”, que Severino trajo de un viaje a Rouen y con el que seguramente mantenía largas conversaciones durante sus tardes creadoras en Azcapotzalco.

El pesimismo de McCullers debió ceder poco a poco a una visión cada vez más personal de Salazar, de quien no puede decirse que fuera pesimista al final de su obra, ni de su vida.

Severino buscó el sentido de la existencia en los laberintos de la literatura, como los mineros en los túneles de las minas, es verdad, pero también supo escuchar en los aires el trinar de los pájaros. Y no dudó en lanzar a un grupo de pequeños soñadores encabezados por “La Sonaja” a buscar el tesoro olvidado en una vieja mina de los alrededores de la tierra mítica de Tepetongo.

Severino encontraría la repuesta a su búsqueda existencial, como “La Sonaja” su tesoro, fuera de las oscuridades en las que se oculta el deslumbrante metal. El preciado hallazgo se revela en la sonrisa que, “insólita”, se forma en el rostro inocente, envejecido, de un niño idiota. Ya adulto, “La Sonaja” sopesa el valor de su descubrimiento y da su testimonio: “yo vine al mundo únicamente a ser testigo de ese instante de felicidad absoluta que se desplegó en la cara de un bienaventurado...”<sup>11</sup>

Recuerdo que un día le traje a Severino una catedralita, de un viaje a Sudamérica; era más bien una capillita blanca rematada con una minúscula cruz en lo que debía ser el campanario. Él la observó con ojillos de pájaro, inquietos e intrigados por la minuciosidad del artesano. En un instante, notó que la capilla se levantaba para dejar ver en su base, en la nave desnuda, un nacimiento colorido. Entonces, se sumió en un silencio y se perdió en una especie de éxtasis sonriente, angelical —si un hombre maduro puede aún serlo—. En ese gesto leí el significado de la confesión que hace el narrador de *Donde deben estar las catedrales*, cuando dice: “ese niño era yo...”, aquel pequeño que robó el caracol que Chenchó atesoraba en su sala, y en cuyas espirales escuchó el rumor del mar, inmensidad desconocida en el semidesierto de su tierra.

Severino encontró un sentido sólido a la vida, a la que amó con pasión; el epitafio que eligió para la tumba de

Baldomero Berumen pudo atormentarlo algún día, como a todo aquel que se pregunta por el sentido de su existencia: *Quare de vulva exducastis me?* Pero él asumió la vida con una postura trágica (o si se quiere tragicómica).

Alguna vez, en la intimidad que daban las cervezas de La Faena, a eso de la una de la mañana, Severino hizo una confidencia: “lo que se necesita para vivir es cinismo y humor”. Estas virtudes, que le faltaron a Baldomero Berumen, no estuvieron ausentes en el hombre que optó por la risa y la empatía con su prójimo.

De Severino recibí esa sonrisa maravillosa con la que generosamente regaló a su prójimo y disfruté su mirada eternamente infantil. Además, he repetido con él la oración con la que concluye su obra: “Dios mío socórreme con sueños antes de que desaparezca”.<sup>12</sup> •

#### Notas

<sup>1</sup>McCullers, Carson, *La balada del café triste*, citado por Severino Salazar en “Ilustración de la teoría pesimista”, p. 33.

<sup>2</sup>“Ilustración de la teoría pesimista del amor en *La balada del café triste*”, p. 7.

<sup>3</sup>*Ibid.*, p. 37.

<sup>4</sup>*Ibid.*, p. 2.

<sup>5</sup>*Donde deben estar las catedrales*, p. 80.

<sup>6</sup>*Ibid.*, p. 115.

<sup>7</sup>*Ibid.*, p. 30.

<sup>8</sup>*Tres noveletas de amor imposible*, p. 28.

<sup>9</sup>“La arquera loca”, p. 85.

<sup>10</sup>Paz, Octavio, *Convergencias*, p. 43.

<sup>11</sup>*¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, p. 145.

<sup>12</sup>*Ibid.*, p. 172.

#### Bibliografía

Salazar, Severino, *Donde deben estar las catedrales*, 2ª. edición, México, SEP-INBA, 1985.

\_\_\_\_\_, *El mundo es un lugar extraño*, México, LEEGA, 1989.

\_\_\_\_\_, “Ilustración de la teoría pesimista del amor en *La balada del café triste*”, tesis, México, UNAM, 1982.

\_\_\_\_\_, *Tres noveletas de amor imposible*, México, UAM Azcapotzalco, 1998.

\_\_\_\_\_, *¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, México, Plaza y Janés, 2001.

Paz, Octavio, *Convergencias*, Barcelona: Seix-Barral, 1991.

OCIEL FLORES es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco.